

ROBERT A. HEINLEIN
AMOS DE TITERES

SUPER
FICCIÓN



Año 2007. Unos extraterrestres procedentes de Titán invaden los Estados Unidos. Son unos seres gelatinosos que se fijan sobre la nuca de los humanos y anulan su voluntad, convirtiéndolos en títeres. Así se apoderan rápidamente de ciudades enteras. Pero el hombre vencerá una vez más a las fuerzas del Mal, gracias al agente secreto Nivens, a su encantadora esposa Mary y a su padre, el famoso "Patrón".

Escrita en plena "guerra fría", el simbolismo de la novela es más que evidente. Pero así como un Thomas Mann, partiendo de una idea hoy rechazada por la investigación (la del genio como enfermedad) consigue hacer literatura válida, como en "Muerte en Venecia" o en "Doktor Faustus", así la conocida ideología de mister Heinlein no le impide dar, con esta novela, una de las ficciones más sugestivas (a tal punto, que la idea de la epidemia mental ha sido llevada varias veces a la pantalla grande y la pequeña, en distintas variantes) y terroríficas del género fantacientífico.

1

¿Estaban realmente dotados de inteligencia? De una inteligencia propia, se entiende. Lo ignoro. Y tampoco sé si alguna vez conseguiremos averiguarlo.

Lo que sí puedo decir es que, si no eran inteligentes, confío en no llegar a ver el día en que debamos luchar contra seres parecidos a ellos, que sean inteligentes. Sé de antemano quién perdería: yo, vosotros... En una palabra, esos a los que se denomina «humanos».

Por lo que a mí respecta, la aventura comenzó —demasiado pronto para mi gusto— la mañana del 12 de julio de 2007. Mi teléfono empezó a vibrar hasta levantarme la piel del cráneo. Hay que decir que los teléfonos que se utilizan en la Sección no pertenecen a un modelo corriente: el audioemisor está insertado quirúrgicamente debajo de la piel, detrás de la oreja izquierda, y los huesos actúan de conductores. Me palpé maquinalmente antes de acordarme de que lo que buscaba se había quedado en mi chaqueta, al otro extremo de la habitación.

—Ya voy... —gruñí—. Ya lo he oído. No hace falta armar tanto escándalo.

—Llamada urgente —dijo una voz en mi oído—. ¡Acuda inmediatamente a informar!

Le dije sin reparos lo que podía hacer con su llamada urgente.

—El Patrón está esperando —insistió la voz.

Eso cambiaba el aspecto de la cuestión.

—¡Ya voy! —dije, incorporándome con tal brusquedad que noté un tirón detrás de los ojos. Entré en el cuarto de

baño, me inyecté una dosis de Gyro y dejé que el vibrador me diera un buen masaje mientras la droga me ponía en forma. Al salir del baño era un hombre nuevo, o al menos algo que se le parecía vagamente. Me puse la chaqueta y salí de casa.

Entré en las oficinas de la Sección por los lavabos de la estación MacArthur. Nuestra dirección no figura en el listín telefónico; a decir verdad, carecemos de dirección. Todo lo referente a nosotros no es más que una ilusión óptica... También se puede entrar por una pequeña tienda cuyo letrero reza: sellos y monedas antiguos. Sin embargo, siguiendo este camino no se consigue nada. Quien lo intente sólo conseguirá que le vendan un sello de dos peniques. El acceso es imposible, sea cual sea el camino elegido. Repito que no existimos.

Hay algo que ni siquiera el jefe del estado puede llegar a saber: la calidad de su servicio secreto. La única forma de comprobarlo es cuando necesita de sus servicios y no puede disponer de ellos. Por eso existía nuestra Sección. Nosotros somos el nexo de unión con las otras secciones. Las Naciones Unidas nunca han oído hablar de nosotros, ni los Servicios de Inteligencia centrales, supongo. Lo único que yo sabía acerca de nosotros era el aprendizaje que había recibido y las misiones a las que me enviaba el Patrón. Misiones muy interesantes si a uno no le preocupa dónde dormir, lo que come y cuánto vivirá. Si hubiese tenido algo de cordura, hubiera dimitido y buscado cualquier otro empleo.

La única pega es que hubiese dejado de trabajar con el Patrón. En eso consistía la diferencia... Y no es que sea un jefe blando. Es muy capaz de decir: «Muchachos, hay que fertilizar este roble. Meteos en este agujero de la base y yo os cubriré de tierra».

Y lo haríamos. Todos nosotros.

El Patrón nos enterraría vivos si creyera que por lo menos había un cincuenta y tres por ciento de probabilidades de que la operación salvara al país de una catástrofe.

Cuando entré, se levantó y se me acercó cojeando; una maliciosa sonrisa curvó sus labios. Su enorme cráneo calvo y su poderosa nariz latina le daban un aspecto mezcla de demonio y polichinela.

—Bienvenido, Sam —dijo—. Siento haberte sacado de la cama.

No le creí en absoluto.

—Estoy de permiso —fue mi respuesta.

—Ya lo sé. Nos vamos de vacaciones.

Sus «vacaciones» no me inspiraban la menor confianza, así que no me tragué el anzuelo.

—¿Ahora me llamo «Sam»? —pregunté—. ¿Cuál es mi apellido?

—Cavanaugh. Y yo soy tu tío Charlie... Charles M. Cavanaugh, retirado. Te presento a tu hermana Mary.

Ya había advertido que había otra persona en la habitación, pero cuando el Patrón está presente monopoliza la atención general durante todo el tiempo que desee. Miré a mi «hermana», para volver a mirarla en seguida con más atención. Valía la pena.

Comprendí por qué nos había escogido como hermanos para desempeñar una misión juntos: eso le libraría de preocupaciones. Un agente experimentado tiene que mantener el papel del personaje que ha escogido, del mismo modo que un actor profesional no puede estropear intencionadamente los versos que recita. De modo que tenía que tratar como a mi hermana a aquella muchacha... ¡Pues sólo eso me faltaba! Una silueta larga y esbelta, pero de curvas llenas. Bonitas piernas. Espaldas anchas para una mujer. Un cabello rojo y llameante, ondulado, el cráneo un poco alargado, como el de los auténticos pelirrojos. Su rostro era correcto más que bello; me contempló como si yo fuese un filete de ternera.

Sentí deseos de andar a cuatro patas y dar vueltas en círculo. Debí de demostrarlo demasiado, porque el Patrón me dijo suavemente:

—Ojo, Sammy. Tu hermana está chiflada por ti y tú estás loco por ella, pero de una manera sana, limpia, caballeresca, propia de un muchacho norteamericano.

—¿Hasta ese punto? —pregunté, sin dejar de mirar a mi «hermana».

—Aún más.

—¡Ah!, ya. ¿Cómo estás, hermanita? Me alegro de conocerte.

Ella me tendió una mano. Era firme y parecía tan fuerte como la mía.

—Hola, «hermano».

Su voz era profunda, de contralto, que era lo único que me faltaba. ¡Maldito viejo!

—Podría añadir —prosiguió este último— que tienes tanta devoción por tu hermana que morirías muy gustosamente por protegerla. Siento tener que decírtelo, Sammy, pero tu hermana es bastante más valiosa, por el momento al menos, para la organización que tú.

—Ya me he enterado —dije—. Gracias por la cortés calificación.

—Ahora, Sammy...

—Sí, sí; ella es mi hermana favorita; yo la protejo contra perros y hombres extraños. De acuerdo. ¿Cuándo empezamos?

—Tenemos que pasar antes por el maquillaje; tienen preparada una cara nueva para ti.

—Mejor que fuese la cabeza entera. Hasta la vista. Adiós, hermanita.

No llegaron a hacer eso, pero me metieron mi teléfono personal bajo la piel del cogote, recubriéndolo de cabello. Tiñeron mis cabellos con el mismo color que los de mi reciente hermana, me blanquearon la piel y retocaron mis pómulos y el mentón. Al mirarme al espejo, vi un pelo rojo tan auténtico como el de mi hermana. Miré mi cabello y traté de recordar cuál había sido su color natural. Luego me pre-

gunté si mi hermanita sería lo que parecía ser. Ojalá lo fuese.

Me coloqué convenientemente la pistola que me entregaron y alguien me dio una bolsa de emergencia empaquetada. El Patrón también había estado en manos del maquillador, al parecer; su pelado cráneo estaba ahora recubierto por breves rizos de un color rosado y blanco. Le habían hecho algo en la cara —no podía decir qué—, y ahora estábamos los tres claramente emparentados y pertenecíamos a esa curiosa especie de los pelirrojos.

—Vamos, Sammy —dijo—. Ya te lo contaré todo en el auto-avión.

Subimos por una ruta que para mí era desconocida, saliendo a la plataforma de lanzamiento septentrional, a mucha altura sobre New Brooklyn; y dominando Manhattan Cráter.

Mientras yo conducía, el Patrón hablaba. Una vez estuvimos fuera del control local, me ordenó que pusiese el piloto automático en dirección a Des Moines, Iowa. Me uní entonces a Mary y a «tío Charlie» en la cabina. Él nos dio nuestra historia personal hasta la fecha.

—Y aquí estamos ahora —concluyó—, un alegre grupo familiar..., unos turistas. Y si nos encontramos metidos en hechos insólitos, así es como nos conduciremos, como curiosos y atolondrados turistas.

—¿Pero cuál es el problema? —le pregunté—. ¿O es que tocamos de oído?

—Posiblemente.

—De acuerdo. Pero si tengo que morirme, me agradecería saber por qué. ¿Eh, Mary?

«Mary» no respondió. Poseía esa cualidad, rara en las mujeres, de no hablar cuando no tenía nada que decir. El Patrón me contempló; por último, dijo:

—Sam, ¿has oído hablar de platillos volantes?

—¿Eh?

—¡Vamos, hombre!, tú has estudiado historia.

—¿Se refiere a ésos? ¿La locura de los platillos volantes, que se apoderó del mundo antes de los Desórdenes? Creí que se refería a algo reciente y verdadero; aquéllas fueron alucinaciones colectivas.

—¿Tú crees?

—Bueno, yo no he estudiado muchas estadísticas de psicología anormal, pero creo recordar una ecuación. Todo aquel período fue psicopático; a un hombre en su sano juicio lo hubieran encerrado en un manicomio.

—Y ahora todo el mundo está cuerdo, ¿eh?

—¡Oh!, yo no llego a afirmar eso. —Rebusqué en mi mente y encontré la respuesta que quería—. Ahora recuerdo esa ecuación..., el integral evaluador de Digby para datos secundarios y de un orden más elevado. Daba un 93,7% de seguridad de que el mito de los platillos volantes, después de eliminar los casos explicados, era pura alucinación. Lo recuerdo porque fue el primer caso de este tipo en el que los ejemplos fueron sistemáticamente recogidos y evaluados. Un proyecto gubernamental, Dios sabe para qué.

El Patrón mostraba un semblante benévolo.

—Aguántate, Sammy. Hoy vamos a inspeccionar un platillo volante. Incluso es posible que nos llevemos un pedacito como recuerdo, como corresponde a verdaderos turistas.

2

El Patrón consultó su reloj-anillo y dijo:

—Hace diecisiete horas y veintitrés minutos una nave aérea no identificada aterrizó cerca de Grinnell, Iowa. Tipo: desconocido. Forma: aproximadamente discoidal. Diámetro: unos cincuenta metros. Origen: desconocido, pero...

—¿No detectaron la trayectoria? —le atajé.

—No —respondió—. Aquí tienes una fotografía de ese objeto, tomada después de su aterrizaje por el satélite artificial Beta.

La miré someramente y la pasé a Mary. Era tan poco satisfactoria como suele ser siempre una telefoto tomada desde siete mil kilómetros de distancia. Árboles, parecidos a musgo..., la sombra de una nube que ennegrecía la mayor parte de la fotografía... y un círculo gris que tanto podía haber sido una aeronave discoidal como un depósito de agua o un tanque de petróleo.

Mary devolvió la fotografía. Yo dije:

—Parece una carpa de circo. ¿Qué más se sabe?

—Nada.

—¿Nada? ¿Después de diecisiete horas? Deberíamos estar saturados de informes. ¿En qué están pensando?

—Y el caso es que tenemos agentes, allí: dos que se encontraban cerca y otros cuatro que he enviado después. Pero no han comunicado nada. Me disgusta perder agentes, Sammy, sobre todo cuando no se consiguen resultados.

Comprendí de pronto, con la mayor frialdad, que la situación debía de ser muy seria, puesto que el Patrón se ha-

bía visto obligado a jugarse el todo por el todo, a riesgo de perder la organización..., ya que él era la Sección. Sentí que se me helaba la sangre en las venas. Generalmente los agentes tienen el deber de salvar su propia piel, con el fin de completar su misión y comunicar sus informaciones. En esta misión era el Patrón quien debía volver, y después de él Mary. Yo no valía un centavo, y se podía prescindir de mí. La verdad, no me agradó.

—Uno de los agentes envió un informe parcial —prosiguió el Patrón—. Se acercó como un curioso cualquiera y comunicó por teléfono que debía de tratarse de una nave espacial. Luego informó que la nave se estaba abriendo y que él iba a intentar aproximarse a ella, franqueando el cordón de la policía. Lo último que dijo fue: «Aquí vienen. Son pequeñas criaturas, de unos...». Entonces se interrumpió.

—¿Hombrecillos?

—Él dijo criaturas.

—¿Informaciones periféricas?

—Muchísimas. La estación estereoscópica de Des Moines envió unidades móviles para efectuar una retransmisión desde el lugar. Las imágenes que enviaron fueron todas hechas a larga distancia, tomadas desde el aire. Únicamente mostraban un objeto en forma de disco. Después, durante dos horas dejaron de llegar imágenes y noticias, para seguir luego con primeros planos y escorzos.

El Patrón calló. Yo dije:

—¿Y qué?

—El objeto en cuestión era una burla. La «nave del espacio» era un fraude de hojalata y plástico, construido por dos jóvenes granjeros en los bosques próximos a su casa. Las falsas informaciones eran obra de un tipo que instigó a los muchachos a realizar esa superchería con el fin de tener material para una novela. Ha recibido ya lo suyo, y la última «invasión del espacio» no es más que una filfa.

Yo me estremecí.

—De modo que es un engaño... Pero nosotros hemos perdido a seis hombres. ¿Vamos a buscarlos?

—No, no los encontraríamos. Lo que vamos a hacer es tratar de descubrir por qué la triangulación de esta fotografía —y mostró la telefoto tomada desde el satélite artificial Beta— no concuerda con las informaciones radiofónicas, y por qué la estación estereoscópica de Des Moines permaneció callada durante un tiempo.

Mary habló por primera vez.

—Me gustaría hablar con esos jóvenes granjeros.

Aterricé cerca de Grinnell y nos pusimos en busca de la granja McLain... Las últimas informaciones señalaban como culpables a Vincent y a George McLain. No nos costó encontrarlos. En una encrucijada de la carretera había un gran cartel en el que se leía: a la nave del espacio. No tardamos mucho en encontrar aparcados coches, autoaviones y trifibios a ambos lados de la carretera. En un par de tenderetes se vendían refrescos y recuerdos, frente al camino que conducía a la granja de los McLain. Un policía dirigía el tráfico.

—Adelante —ordenó el Patrón—. Os agradecerá verlo, ¿eh?

—Claro que sí, tío Charlie —repuse.

El Patrón se apeó, balanceando su bastón. Ayudé a descender a Mary y ella se colocó a mi lado, cogiéndome del brazo. Me miró tratando de parecer estúpida y admirativa al mismo tiempo.

—Caramba, qué fuerte eres, hermanito.

Sentí deseos de darle una bofetada. Era deprimente ver a un agente del Patrón jugar a las damiselas de ese modo.

Tío Charlie zascandileaba, importunando a los policías, fastidiando a los mirones, deteniéndose para comprar cigarrillos en un tenderete, y ofreciendo la perfecta imagen de un viejo acomodado, estúpido y senil, que había salido a pasar unas vacaciones en el campo. Se volvió, apuntando con su cigarro a un sargento.

—El inspector dice que es un engaño, muchachos, un fraude obra de unos chicos. ¿Nos vamos?

Mary parecía decepcionada.

—¿No hay una nave espacial?

—Sí, hay una nave espacial, si le apetece llamarla así —respondió el policía—. Sigán a esos chicos. Y soy sargento; no inspector.

Nos pusimos en marcha, atravesando unos pastos y penetrando en un bosque. Había que pagar un dólar para atravesar la valla, y muchos se volvían. La senda que cruzaba el bosque estaba bastante desierta. Yo avanzaba con cautela, tratando de tener los ojos en el cogote en lugar de un teléfono. Tío Charlie y mi hermanita caminaban delante de mí. Mary charlaba por los codos, y parecía más menuda y más joven que durante el viaje. Llegamos a un claro y vimos la «nave del espacio».

Tenía más de treinta metros de diámetro, y estaba hecha de metal ligero y láminas de plástico, rociadas de aluminio. Tenía la forma de dos platos hondos encarados. Fuera de eso, no se parecía a nada en particular. Sin embargo, Mary chilló:

—¡Oh, qué emocionante!

Un jovencuelo de dieciocho o diecinueve años, muy quemado por el sol y con la cara granujienta, asomó la cabeza por una escotilla abierta en la parte superior de aquella monstruosidad.

—¿Quieren verla por dentro? —nos gritó, añadiendo que eran cincuenta centavos más por cabeza. Tío Charlie se los dio sin rechistar.

Mary vaciló ante la escotilla. Al joven de rostro pecoso se unió el que parecía ser su hermano gemelo, y ambos quisieron ayudarla a bajar. Ella retrocedió con aprensión, y yo me adelanté rápidamente, dispuesto a ayudarla. Mis razones eran en un noventa y nueve por ciento profesionales; todo aquello me olía muy mal.

—Está oscuro —dijo ella, con voz temblorosa.

—No hay ningún peligro —dijo el segundo muchacho—. Durante todo el día hemos acompañado a docenas de visitantes. Yo soy Vincent McLain. Adelante, señorita.

Tío Charlie atisbo por la escotilla, como una clueca cautelosa.

—Podría haber serpientes ahí dentro —observó—. Mary, creo que es mejor que no bajas.

—No hay nada que temer —insistió el primero—. Es completamente seguro.

—Quédense con el dinero, jóvenes —dijo tío Charlie, echando una mirada a su reloj-anillo—. Se hace tarde. Vámonos, muchachos.

Los seguí por el mismo sendero de antes, con los oídos alerta.

Volvimos al autoavión. Una vez en el aire, el Patrón dijo bruscamente:

—¿Y bien? ¿Qué has visto?

—¿Tiene alguna duda acerca del primer informe, aquel que se interrumpió? —pregunté a mi vez.

—Ninguna.

—Eso no hubiera engañado a un agente, ni siquiera de noche. No era ésa la nave que vio.

—Claro que no. ¿Qué más?

—¿Cuánto cree que debe de haber costado esa nave de mentirijillas...? Metal flamante, recién pintado y, a juzgar por lo que vi por la escotilla, unos diez metros cúbicos de maderaje para apuntalarlo.

—Prosigue.

—Pues bien, la finca de McLain está completamente hipotecada. Si esos muchachos están en el ajo, no creo que sean ellos quienes paguen la cuenta.

—Desde luego. ¿Qué dices tú, Mary?

—¿Observó usted, tío Charlie, cómo me trataron?

—¿A quién te refieres? —dije con aspereza.

—Al sargento y a los dos muchachos. Siempre que empleo mis procedimientos de seducción obtengo una reac-

ción en mi interlocutor. Pero esta vez, nada.

—Sin embargo, han estado muy amables —objeté.

—No lo entiendes. Yo sé lo que me digo. Siempre me doy cuenta de eso. Algo funcionaba mal en ellos. Estaban muertos interiormente. Eran como esos eunucos que guardan el harén.

—¿Hipnotismo? —preguntó el Patrón.

—Muy posible. O tal vez drogas.

Ella frunció el ceño y mostró una expresión de perplejidad.

—Hum... —dijo el Patrón—. Sammy, tuerce a la izquierda. Vamos a investigar un punto situado a cuatro kilómetros al sur.

—¿El sitio que corresponde a las coordenadas de la fotografía?

—¿Qué otro podría ser?

Pero no llegamos allí. Primero nos encontramos con un puente hundido, y yo no disponía de espacio suficiente para hacer saltar el autoavión por encima de él, dejando aparte lo que establece el reglamento del tráfico para un autoavión en tierra. Dimos la vuelta hacia el sur e intentamos pasar por el único camino que nos quedaba. Nos detuvo un policía de tráfico. Nos habló de un incendio forestal; si seguíamos, nos obligarían a unírnos a los que luchaban contra el fuego. De hecho, quizá, hacía mal en no echarnos el guante en ese momento...

Mary le miró entornando los ojos y él aflojó la marcha. Comentó que ni ella ni tío Charlie sabían conducir, lo cual era una doble mentira.

Al rato le pregunté a Mary:

—¿Qué tal ése?

—¿Qué quieres decir?

—¿Era también un eunuco?

—¡Oh, no!, al contrario. Un joven muy seductor.

Esa respuesta me irritó.

El Patrón no me permitió elevarme y dirigirme al lugar que buscábamos por el aire. Dijo que era inútil. Nos dirigimos hacia Des Moines. En lugar de aparcar en la barrera de peaje, pagamos una tasa para poder entrar con el vehículo en la ciudad. Nos detuvimos finalmente ante la emisora estereoscópica de Des Moines. Tío Charlie entró como una tromba, seguido por nosotros, en el despacho del director general. Dijo una serie de mentiras..., o tal vez «Charles M. Cavanaugh» gozaba de gran influencia cerca de las autoridades de Comunicaciones Federales.

Una vez dentro, continuó en su papel de viejo cabeza dura.

—Dígame, señor, ¿qué son todas esas tonterías acerca de una nave del espacio de mentirijillas? Hábleme francamente, señor; su licencia puede depender de eso.

El director era un hombrecillo cargado de espaldas, pero no pareció intimidado, sino simplemente disgustado.

—Ya hemos dado explicaciones completas por nuestras emisoras —dijo—. Hemos sido nosotros las víctimas. Ese hombre ha sido absuelto.

—Me parece una gran equivocación, señor.

El hombrecillo —se llamaba Barnes— se encogió de hombros.

—¿Qué quería usted que hiciésemos? ¿Que le colgásemos por los pulgares?

Tío Charlie le apuntó con el cigarro.

—Le advierto, señor, que no estoy dispuesto a que me tomen el pelo. No estoy convencido en modo alguno de que dos patanes y un joven publicista hayan sido capaces de amañar esta patraña. Alguien ha dado dinero, señor mío. Sí, señor..., dinero. Haga ahora el favor de decirme qué ha hecho usted...

Mary se sentó muy cerca de la mesa de Barnes. Se había arreglado de tal modo el vestido y su postura era tan especial que me recordó a la *Maja desnuda* de Goya. Hizo una seña con el pulgar hacia abajo al Patrón.